

leía: «Beba usted Coca-Cola». Sentí de repente como la náusea de la invasión. Por si acaso, me apresuré a preguntar:

—¿Tiene usted «Coca-Cola»?

—No —me respondió la chica, bastante sorprendida—; no, es que hace tiempo nos dejaron eso ahí...

Lo dijo como aquel seminarista del Baztán a una turista inglesa: «No, yo qué voy a ser protestante.»

El Sagrado Corazón, el Angelus, los dos bodegones —sandía, uvas, caza y pesca y el vaso de agua que casi «se puede beber»—, el calendario de colorines y la propaganda del refresco ese, estaban igualmente talados por activas escuadrillas de moscas. Pero la comida, amigos, era la comida de la España eterna, de esa que elogian siempre los diplomáticos, los periodistas, los aldeaños de la O. N. U., los viajeros ilustres, los escritores, los tontos del Chota y muchos de la guía de teléfonos, los obispos misioneros, los senadores yanquis, los Caballeros de Colón, los pobres enemigos, los directores de revistas elegantes con anuncios de fajas y hasta algunos laboristas disidentes. Huevos fritos, jamón, patatas doradas —con un calor de atardecer, de furioso y picante atardecer—, una sopa robusta y grasienta, unas sardinas gallegas, y luego, sin venir muy a cuento, un lomo de cerdo que era un verdadero don de reyes, con perdón. La fruta deleitosa, el café indecente y antes un vino claro que había que beberlo presentando armas; la toferable cuenta y de nuevo a la carretera.

Las espaldas de la sierra tenían un color gris azulado. Eran como una espada de Toledo, algo mellada. Las nubes combatían entre la dulzura de un gris de hongo inglés y el celtibérico color de la tormenta. Nos apercibimos que la lluvia ladraba detrás de nosotros igual que uno de esos perros aldeanos, tozudos, enemigos del «Ford» y de su mecanismo;

finalmente, nos mordió antes de llegar a Covalada. Claro está que nos habíamos desviado de la carretera general. Desde las torres de Alcalá hasta la misma Soria, la tierra de Castilla nos iba dando los versos de Antonio Machado. Era natural, tan simple, tan obligada aquella evocación, que casi nos molesta el coincidir en los temas, en los motivos, en los rincones. Los pinares desplegaban su aroma más fuerte bajo la lluvia de septiembre. Con esa melancólica pasión que despiertan las primeras vanguardias del otoño, yo me entretuve en repasar mi jornada. Casi lo iba haciendo en voz alta, nada más que por escucharme yo mismo.

—Primero de todo madrugué mucho, y, además, ayer me acosté tarde. Tuvimos un buen lote de charla en el periódico. He oído misa en San Marcos, fuí a la calle de Lista, al volver vi al batallón del Ministerio que iba a relevar la guardia en el Ritz, donde está Abdullah de Jordania. ¿Sabéis que la bandera, los soldados y la marcha me han hecho un nudo en la garganta?

Me miraron.

—Sí, me voy por tres meses; pero tampoco es la cosa como para decirle al tío del taxi que parara, como para haber tenido ganas de decirle luego: «Ande, amigo, siga usted a la tropa», igual que a un descapotable con una señora estupenda, igual que si uno fuera un niño y deseara rebasar la bandera y la banda y las cornetas y los tambores, y luego ponerse a bailar al son militar y a marcar el caquí y a todo eso que uno ha hecho a los seis años.

Recapacité. Me había armado un pequeño taco. Por otra parte, la bravura del pinar en la tormenta era capaz de distraer a cualquiera.

—¿Por dónde iba?

Silbó Jordana. O quizá fué Angel García del Bello. Mi hermana no, porque, como siempre que observa en mí cierta tendencia discursiva, se había apresurado a dormirse.